



# EL FANTASMA DE LA LUNA

IGNACIO VILLANUEVA



ediciones ruinas circulares



Villanueva, Ignacio

El fantasma de la luna / Ignacio Villanueva. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Ruinas Circulares, 2021.

204 p. ; 20 x 14 cm. - (Torre de Babel / Patricia Bence Castilla)

ISBN 978-987-4952-49-3

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

NOVIEMBRE 2021

Diseño de tapa. *Ricardo Cardone*

**Contacto con el autor:** [igvilla64@gmail.com](mailto:igvilla64@gmail.com)

Blog personal: [igvilla-literatura.blogspot.com](http://igvilla-literatura.blogspot.com) (ensayos, cuentos, poesías, novela)

Facebook: [IgVilla](https://www.facebook.com/IgVilla)

Instagram: [@oivillanueva](https://www.instagram.com/oivillanueva)

Ediciones Ruinas Circulares

Directora: Patricia Bence Castilla

Aguirre 741 - 7° B

(1414) Buenos Aires

E-mail: [info@ruinascirculares.com](mailto:info@ruinascirculares.com)

[www.ruinascirculares.com](http://www.ruinascirculares.com)

IGNACIO VILLANUEVA

EL FANTASMA DE LA LUNA

(NOVELA)

COLECCIÓN TORRE DE BABEL

SERIE XXI

ediciones ruinas circulares



*«Tú que puedes vuélvete  
me dijo el río llorando...»*

***Atahualpa Yupanqui.***



Para Alejandra, Sara y Alejo.

A Nieves García de Antonelli,  
espíritu de juventud, alegría  
y entusiasmo constante.

## AGRADECIMIENTOS

A las escritoras Marga CHAMORRO, María Laura GONZÁLEZ y Liliana ONAINDI por su acompañamiento en el proceso de corrección.

A la magistral presencia de Don Mario VERANDI, pilar fundamental en la historia de la literatura nicoleña y que ha honrado a este escritor con las palabras que anteceden la novela.

A Carolina Sager, mi admiración y respeto por la calidez de sus palabras, puesta de manifiesto en la contratapa.

A la paciencia y profesionalismo de la escritora Patricia BENCE CASTILLA, responsable del Sello Editorial RUINAS CIRCULARES.



## PALABRAS PRELIMINARES

Si con “La vergüenza instalada” Ignacio Villanueva hizo lo propio en las paredes de la prosa narrativa nicoleña, ahora retorna- con la novela “El fantasma de la luna”-a reiterar que aquel libro no fue casualidad y que, la Faja de Honor 2016 de AEN, Asociación de Escritores Nicoleños, le sigue quedando a medida.

Es que su veintena de narraciones exhiben lo que es menester: abundancia expresiva, mirada múltiple, adjetivación sugeridora y concreción ejemplar de una realidad que se exhibe con barroquismo, desde afuera y desde adentro, como la de los sueños.

La prestación escrita para cada uno de sus relatos, su riqueza argumental y su estilo de resolver, lo sitúan nítidamente entre aquellos que detentan un estilo para durar. O que trabajan para eso y lo hacen con buen pie.

*Mario Verandi*

Octubre 2021.



# I

## ESTACIÓN ARGENTINE



Otro día gris. El primero de tantos en estos lares. Las nueve de la mañana y, el descenso por las escalinatas me recuerda las bajadas a trote vivo, para ir a los sanitarios en pleno primer tiempo de San Lorenzo - Estudiantes. La masa te lleva en súbito aleteo por los portones hasta que, suave y melancólico, notás que se dispersan como hormigas encerradas en cubículos oscuros, mingitorios de cancha inundados de ácido úrico, perfumados de cerveza fermentada con un toque de próstata enferma. Desesperados te dejaban en plena intemperie con tus necesidades a flor de piel; luego otro flagelo volver a tu lugar que ya era de otro. Así como si fuera una carrera contra todos y en busca de no sé qué, terminabas agotado de tanto saltar y gritar por tu equipo que, aunque la jugaba de local, no merecía semejante sacrificio. Este día me sentí así, desesperado, agotado antes de iniciar la jornada e impotente ante la masa humana que me llevaba en andas, trotando como las ratitas en su círculo concéntrico. Acá todos corren a las boleterías, cruzan el molinete y descienden o se disuelven en túneles abarrotados de sobretodos, maletines, gorras y mochilas. Algún que otro molesto estuche de instrumento musical que quiere arremeter contra la corriente, el andar lento de los mayores y los jóvenes que, patinetas en mano, corretean por el borde del andén esperando la conexión para su destino alternativo.

Así es el metro en cualquier parte del mundo. A medida que descendés, como si fueras acompañado por Dante, observás los ultrajes de una sociedad escondida, el calor pastoso y un olor difícil de catar, como de un guiso espeso que sólo entretiene y no alimenta. Este era el metro de París en invierno y a finales de enero. El agobiante submundo parisino se trasmataba en cambalache de indumentarias, aunque sea

una metrópoli que no quiere ceder a Roma su protagonismo en la moda, allí, escondidos de todo y todos, una babilonia de genéticas insultaba el buen gusto francés. Cada vez más desalineados y chic nos movíamos en los subtes y buses de la ciudad, negando ser extranjeros, luchando por el lugar que nunca tendríamos y que perdimos en nuestra patria.

Era 2002, allí estaban todos peleados y se desconocían como compatriotas. Acá ni te miraban. El saludo en los grupos de estudio eran pequeños pésames de otros latinos desterrados por necesidad y urgencia. Con ese deambular angustiado de todos los que perdimos la conciencia del momento histórico, nos enfrascábamos en las bibliotecas, los cibers y añorábamos tener los celulares con tapitas, que los colegas despleaban en las mesas de trabajo. Como sea, ambos decidimos aprovechar la oportunidad que nos habían dado y exprimimos al máximo la experiencia que, por otro lado, no había certeza de cuándo acabaría. Ya nos habíamos acostumbrado, nada era seguro y eterno, lo sabíamos muy bien por nuestro país, la familia lo había experimentado en carne propia y aunque sufrieron el desarraigo, el olvido y el engaño como todos, entendían que la felicidad, muchas veces, nada tiene que ver con aferrarse al lugar donde uno nació. Tal vez armar el nido en un árbol difícil, alto y sin muchas ramas sea elegido por las aves como estrategia para evitar conflictos, alejarse de alimañas rastreras y divisar las tormentas cuando se forman en el horizonte. Lo nuestro no fue para nada original, ni será en años venideros, aunque olvidable el vuelo que partió de Ezeiza, donde el llanto de familias enteras continuó más allá de las catorce horas de vuelo hasta Charles de Gaulle.

Tampoco había empleos estables para dos becarios sospechosos de pedir ciudadanía en cualquier momento. Toda esa panacea de catálogo de vivir en París se disuelve cuando

te enterás que la meritocracia, en su máximo exponente, es el mayor afluente del río Sena.

Los europeos conocen la jugada de los inmigrantes: llega él a trabajar, luego arriba ella, posteriormente se embarazan y cuando nace el nuevo habitante se le otorga la ciudadanía. Como corresponde a una nación refundada en la sólida base de la Liberté, Égalité et Fraternité, no se puede extraditar a su madre, conceden la ciudadanía y así toda una familia transforma, paso a paso, una nueva Europa cada vez más invadida por desesperados que han sido defraudados por sus representantes que, a su vez, fueron atosigados por éstas y otras potencias gestionando paupérrimas y vergonzosas políticas. Así, se expulsa a los desahuciados del mundo a caminar por la tierra como insectos en busca de una nueva reina.

Vivíamos en un pequeño departamento en una cortada, detrás de la Ópera Bastille. Un monumento histórico para la humanidad en una zona turística plena de romanticismo, pero a nosotros, que nos perdíamos en el laberinto de callejuelas, nos parecía un lugar oscuro, antiguo y con interminables escaleras delgadísimas hasta el sexto piso. En agosto podíamos disfrutar de una inconmensurable agonía de sudor extremo fusionado con las eau de cologne baratas, las toallitas higiénicas para evitar las duchas en serie que se encarecían cada vez más, deshojando el magro presupuesto del mes; en cambio enero tenía su encanto, estábamos apretando todo el día nuestros cuerpos y gozando con posiciones deshonorosas a cada momento, no llegaban hasta nosotros los beneficios de la caldera que alardeaba de un circuito de arreglos incesantes desde que la instalaron cerca de la década del cuarenta. Estábamos en el fondo de un pasillo, la única ventana daba a una calle lateral, bulliciosa de noche y muerta de día. Todo pequeño, ordenado y silencioso. Ideal para estudiar pero para nada más. En las noches, los bares abarrotaban veredas

con mesitas, aturdían con música electrónica, bocinas, motos y autos que sacudían el toldito de la ventana-balcón. Era un sueño vivir en París, a pesar de todo. Nos despertábamos con el inconfundible aroma de los croissants del argelino que explotaba la cafetería de la esquina, ese perfume de confitura francesa se trepaba por las paredes. Nosotros, apenas unos mates amargos, cruzábamos la avenida y corríamos bajo la bruma, hasta la boca del subte.

Pero aquella mañana, muy particular, cuando nos transportaban en andas, noté que, con desmesurada intención, el destino nos ponía frente a la puerta de entrada del túnel que comunica la Estación Bastille, con la única a la que queríamos volver de cuando en cuando, llamada Argentine. Allí, entre árabes, franceses, europeos del este, latinos y orientales, se deslizaba un chasquido típico del corte dado a las cuerdas de un charango. Se sumaba un quenacho y la guitarra de base. Tocaban un bailecito conocido por nosotros, porque lo bailábamos hasta el hartazgo en el patio de la escuela: *El quiaqueño* de Arsenio Aguirre. Describe la vida del habitante de La Quiaca y menciona a Villazón, que es la ciudad que nos abre las puertas a Bolivia, allá donde se pierde la idea de límite y se gana en hermandad y sufrimiento de intemperie.

*«Me voy a Bolivia,  
luego iré al Perú.  
Me alejo pensando  
en la Cruz del Sud»*

Cuando uno está lejos de lo suyo, todo alimenta la nostalgia y, el llanto opaco, se vuelve arruga al final del tiempo. Me abrí paso entre las bufandas de lana que ahogaban el andén y los vi.

Muchas veces el hombre necesita armarse un destino que, ineficaz y soñado, se vuelve nocivo. En el acto desapareció el frío que arrastraba desde la avenida. Me quité la bufanda,



luego la gorra y finalmente los anteojos. El charanguista cambió su cara de gozo en la zapada que estaban interpretando, fue bajando el ritmo. Sus compañeros notaron la alteración y lo miraron. Luego me observaron. Hubo silencio. Incómodos nos aturdió el estruendo de la máquina. Todos, desesperados, subieron a los coches y en menos de dos minutos quedamos solos, la banda y yo. Atrás, en asombroso mutismo, Natalia esperaba.



## II

### EL BISELADO DE LA LUNA



A los ocho años vi un fantasma. Estaba junto al ropero antiguo de la abuela, en esas casas chorizo que se construyeron en el barrio de Flores y en todos los barrios y ciudades de Argentina. Allí nacieron y murieron generaciones enteras de mestizos argentos producto de la rara fusión entre los de acá y los de allá. La misma casa donde llegó el nono en 1935 con la esperanza muerta en trozos, las manos llenas de tajos y ganas de vivir. En la segunda pieza, sin ventana y con una puerta doble que daba a la galería llena de malvones y helechos, dormíamos los tres. Elena, mi hermano y yo. Eran camas de hospital, con caños duros y elásticos de alambre, una cómoda marrón y el ropero con espejo biselado en forma de huevo que trajeron, en su momento, de una compraventa del Once. Justo pegado a la pared izquierda del mueble apareció el fantasma. Era raro. Siempre aparecía cuando los bronquios se tapaban y me llenaban el pecho de ungüentos con olor a menta y consistencia asquerosa como caca de bebé. Me despertaba y gritaba con la boca bien abierta, pero no salía el sonido y eso me desesperaba. Y los otros dormían y los helechos se ondeaban en sus macetas de cemento con tres patas como si disfrutaran de mi dolor. El tipo caminaba hasta el respaldo de hierro y me sonreía. Se burlaba de mi desesperación, me tiraba un besito como de buenas noches y desaparecía entre la luna del ropero. Amanecía con fiebre y aparecía cerca de las diez de la mañana el asqueroso judío, que era el médico de familia, con una cuchara que me metía en la garganta hasta el intestino grueso y las arcadas me hacían lagrimear sin poder putearlo. Todos me miraban y, con absoluta seguridad, determinaban que era la fiebre. Nunca me creyeron lo del fantasma. Incluso cuando me encerré con Sofía para desflornarnos en una desesperada adolescencia hirviente, dejaron de molestarme los amigos. Ya se habían enterado, por

mi hermanito, del asunto del fantasma y tarareaban una canción mediocre sobre un fantasmita que aparecía en la televisión.

— ¿Qué opina el fantasmita sobre tu actuación en la camita? Jajaja— gritaban desde las bicicletas cuando pasaban por casa. Así me torturaron todas las veces que sacaban el tema del tipo que aparecía junto al ropero. Creo que no quiero volver a Buenos Aires, porque aún debe estar entre el espejo y el perchero, esperándome para decirme lo que siempre intentó y mis gritos lo ahuyentaban.

De la misma manera que quedé aturdido al tener esa presencia de chico, me sentí hoy en este andén cuando se acercó para hablarme. Como que no era posible, una jugarreta del destino, hasta noté que este fantasma era de carne y hueso y que vivía y se acercaba y me iba a hablar. Ahora.

Desde agosto habíamos perdido comunicación con Adolfo. Suponíamos que el trayecto desde Madrid hasta Barcelona había sido accidentado o, al menos, agitado por esa temporada estival que ya conocíamos por los sensacionalismos de siempre en la tele de la cocina. Gente tirada en las fuentes de las plazas, hospitales colmados de ancianos deshidratados por un verano europeo que no tuvo parangón. De todas maneras, los pocos correos que leíamos en casa, nos permitían saber que la compañía se desplazaba sin problemas por toda España. Una sola foto nos alcanzó para verlo feliz junto a los músicos de la banda del Gran Circo Latinoamericano. La gira duraría menos de un año y volverían a nuestro país para las fiestas de Navidad.

Como el boleto debían pagárselos los artistas, cosa que no nos quedó muy claro, organizamos un baile en la calle en aquella temporada de veranito extendido hasta Semana Santa. Se juntó el dinero y acompañamos a Fito hasta Ezeiza. La vieja lloraba a mares y los abuelos veían, en ese acto, una gran devolución que hacían al viejo continente. Al principio iba todo sobre ruedas para él. Creo que fue un alivio que haya explotado todo en diciembre, sino ninguno hubiese podido perfeccionarse en lo suyo. Cuando

llegó nuestro turno en septiembre y a pesar de los inconvenientes con las Torres, pudimos también partir, casi antes de los saqueos a los supermercados. De modo que, cuando lo vi en el subte parisino, cabizbajo y azotado por el destino creí perder el tino propio de un nieto de andaluces y comenzar a llorar y recriminar a diestra y siniestra aquella situación.

Helados. Así estábamos. La calefacción en los subtes suele ser escandalosa, hasta pegajosa a ciertas horas. En aquel momento no sentíamos otra cosa más que frío. Mucho frío. Adolfo se acercó lentamente hacia mí. Caminaba como el niño que rompió el florero y lo van a castigar. Pedía auxilio con la mirada a Natalia que ya llevaba sus manos a la boca para opacar un llanto. Tenía los ojos hundidos en ojeras marrones, un olor apestoso, mezcla de falta de higiene y marihuana. El cabello olvidado por completo y flaco, muy flaco. Se acercó más. Me miró de frente y, despidiendo un fétido aroma de su boca morada, masculló algo parecido a:

— ¡Hermano!... ¡Hermano! — y se cortó la voz en un ahogado llanto que temía una explosión inmediata.

Tomé aire. Le ordené a las pestañas que suspendieran esas lágrimas estúpidas, cerré los puños, me paré con las piernas abiertas para no desequilibrarme y mirando el túnel del subte donde desaparecen los coches, le contesté casi mordiendo las palabras:

— ¡¿Qué hacés acá?!— la lágrima se me escaparía en cualquier momento. Recordé el consejo de un Profesor de la facultad... *«cuando se le ahogue el garguero para hablar, levante el tono y enójese. Nunca falla.»*. — ¡Qué hacés vos acá!- al subir el tono Natalia se acercó y tomó mi brazo.

— No te pude avisar. Me... nos estafaron. La historia del Circo se pudrió cuando llegamos a Madrid. El representante tuvo un infarto y los socios nos dejaron en la calle. Hace seis meses que comemos gracias a las limosnas del subte.

—¿Qué pasó con la plata que te dimos? Tenías para volver si esto no funcionaba. ¿Por qué no te comunicaste con la vieja?— me moría de ganas de abrazarlo pero había algo en este enrosque que no me cerraba.

Nervioso, como ya lo conocía cuando debía esquivar el bulto por alguna cagada que se había mandado, le brillaban los ojos y se restregaba las manos como para secarse un sudor que no se iba tan fácil, pidiéndole al viento que salía del hueco del subte, le tirara una idea mientras demoraba la mentira. Esta debía ser grandilocuente porque sabía de mi penetrante mirada. Se dio cuenta de que me salía un pequeño vapor de las narinas, que mis pómulos se sobreexcitaban como en un paso previo a las peleas del Club, cuando los del barrio del sur nos escupían la vereda, allá lejos en el tiempo cuando todavía no sabíamos este desvergonzado andar en un lugar ajeno. Entonces dijo:

—Quiero presentarte a los muchachos con los que hicimos la banda. Todos venimos de allá. El tucumano nos enseñó cómo tocar el charango y arrancamos hace dos meses antes que se viniera el invierno.

Cuando se acercaban a saludar, despedían un olor nauseabundo. Dientes amarillos, ojos vidriosos y los nudillos de las manos quemados. Daban aspecto de cualquier cosa menos de músicos que buscaban una moneda para comer.

—¿Dónde estás viviendo?— pregunté como un estúpido, sin poder abrir los puños, sin moverme. Él esperaba alguna reacción mía pero no me inmuté, aunque me moría de dolor.

La maldita lágrima se cayó del ojo derecho y en ella iban las navidades, los cumpleaños, los tapiales que trepamos, frutas robadas a la vecina, la primera mujer, peleas callejeras, el abrazo



cuando murió el viejo, el pucho, la cerveza en la calle, los sueños y las frustraciones.

No era mi hermano. Éste, engréido desde chico, con la pinta de un actor de televisión, el del cuerpo fenomenal, el de todas las mujeres del club, al que había que acompañar y apañar, el que tenía que ser el primero, al que se le hizo una fiesta para todo, el barrio entero lo acompañó en andas cuando se le antojó ser artista. No, éste no era mi hermano. Quizás un figurín, arquetipo de porteño que desmembró una familia ciega en sueños. Desequilibrada mirada de quien todo lo da sin límites. Tal vez el encuentro sólo confirmó un enunciado, la reflexión minúscula de quien nada se espera, sirvió para lacerar pasados, machacar egoísmos inapelables y configurar la desmesurada manera de ver la vida.

En cada palabra se notaba que lo albergaba un sentimiento de desnudo total en medio del gentío que se acumulaba para el próximo tren. Sintió que alguien le sacaba la manta de lana con delirios de autóctona confección, para mostrar un enjuto vientre que supo ser del gusto de tanta mujer de cualquier barrio de Buenos Aires, como si le sacaran lentamente los pantalones de gruesa tela-por la trama y la mugre- y lo dejaran en calzoncillos que necesitaban desinfectante, piernas flacas y sin las calzas ajustadas de reconocida marca, que usaba en el velódromo para luego lucir ajustadísimos jeans celestes en los boliches de Palermo.

No sé, a ciencia cierta, si lo que me ahogaba era el calor de esa fosa subterránea, el golpecito histórico de las uñitas de uno de los tipos, contener el llanto o la grata sensación de placer al verlo destruido. No quise pensar, por el momento, esa última alternativa. No debía. Tenía que despejar mi mente y abandonar todo sentimiento de gozosa venganza. Aunque no debía, disfrutaba la situación.

Ahora así, en este instante y con absoluta sinceridad, estaba dejando atrás la primera impresión de lo ocurrido y evaluaba esta puesta en escena que me había regalado

el destino, calculando el preciso momento en que debía comenzar a disfrutar de todo esto.

—El gobierno de París tiene algunos lugares para gente como nosotros, digamos...en tránsito. Y un caldo de cebolla alimenta y da respiro al frío.

—¡Así que vos sos uno de los “sin techo”!—dije y se hizo un silencio que lo aturdió, como un cachetazo a mano abierta que duele y deja la marca por semanas. —¿Y para qué laburó tanto el nono en Buenos Aires, rompiéndose el culo en la tienda durante cincuenta años, para que vos vivas tirado en una cloaca, cantando estupideces y rascando tripas de un instrumento que nunca conociste?—En mi desaforada actuación, que disfrutaba sobre manera, sentí que comenzaba a avergonzarse, miraba a los lados a la gente que comenzó a observar con intriga y entusiasmo de presenciar, en esa mañana aburrida de invierno parisino, una pelea a puño cerrado.

—¿Vos eras el genio de la lámpara que insinuaste que sólo los fracasados rascaban una guitarra en los bodegones de Buenos Aires por una limosna? ¿No te acordás cuando hablábamos de los sin techo? ¿Qué insinuabas de ellos? ¿Me querés decir qué carajo hacés en un sótano, en el tercer subsuelo de una estación de trenes en París?—gritando, lo que lo descolocaba más pues, todos, me conocían como el tranquilo de la familia.

Mi mujer clavaba las uñas en mi abrigo con desesperada esperanza de evitar un escándalo que, en definitiva, nos perjudicaría frente a la policía de París. Ello acarrearía un llamado de atención del tutor de la tesis y una quita en la suma de la beca, como una multa. Y la negativa de reinscripción para el nuevo ciclo en septiembre.

Se me iban aflojando lentamente los dedos de la derecha. Mi peligrosa derecha. No quería dejarlos fluir, pero era una fuerza

superior. Mis dedos se soltaban despacio. No podría. Era mi hermano, pero tenía unas ganas enormes de poder hacerlo. Lo veía parado frente a mí. A sólo un metro. Hacía un año que no lo veía y hubiese querido no volver a verlo. Las miradas fueron un sello del agotamiento que había entre nosotros. Aún, en lo más recóndito de sus ojeras habitaba el orgullo en esos ojos verde uva, los que imploraban, exigían tal vez, perdón y a la vez dinero y salvación. Con sólo observarlo supuse el destino del dinero recaudado en Buenos Aires, el trabajo seguro del Circo y las recomendaciones que traía de algunos vecinos del barrio que tenían familiares en Madrid. Sin control, mujeres y timba al alcance de las manos, seguramente en dos meses ya estaba en bancarrota. ¡Esa maldita yerba! No le habría quedado ni un peso para llamar y avisar que estaba vivo, que las cosas no eran como se las habían pintado. Pero el orgullo en él, sello característico de la familia, le impidió mostrar el fracaso y prefirió el hambre, el alcohol y las drogas a volver vencido al barrio que lo vio partir como un artista.

—¡No es momento de recriminarnos algo, hermano!— respiró hondo, muy hondo y dijo, en susurro, la frase que lo estaba matando...

— *¡te necesito!*

—Escucho esa frase desde que tengo uso de razón—le contesté con bronca. Creo que me salía fuego de las pupilas y otra lágrima se estaba desvaneciendo por la izquierda. No soportaría más la imagen. No lo soportaba a él. Ya no. Bajó la cabeza, casi vencido, y giró hacia la banda. El sketch lo conocía, lo repetía con los viejos hasta el cansancio y lograba su objetivo.

Tendría que haberlo abrazado. Quise, lo intenté. Juro que lo intenté.

En cinco minutos pasaría la conexión para la facultad. Llegaría el subte y no sabría qué hacer. Miré la boca del túnel

nuevamente, desde donde aparecería el coche. Sufrí la dicotomía de toda mi vida: ayudarlo o abandonarlo para que creciera de una buena vez. Ya tenía casi treinta. Había dejado en el camino a Lorena con un amor incondicional y un hijo que nunca reconoció. Me retumbaban las voces de siempre, llantos y escándalos de sobremesa, las descompensaciones de los mayores y el golpe final en la mesa por parte del viejo.

Sonó el timbre, el público se apresuró al borde del andén. Llegó el coche. Se abrieron las puertas.

Los recuerdos de una patria sin gloria, el amparo en la nostalgia y el cuerpo ajeno como territorio a conquistar son los reflejos de esta luna opaca que cae sobre el océano.

El relato, colmado de detalles e imágenes que focalizan la atención en la rareza que tiñe lo cotidiano cuando se intenta describirlo, posee, casi en oposición, una manera vertiginosa de presentar la historia familiar de tres generaciones. Las épocas, los personajes y sus acciones se ubican en un orden temporal trazado estratégicamente por el autor. A su vez, se mantiene un diálogo con los sucesos argentinos que se dieron desde el proceso inmigratorio de principios del siglo XX hasta la crisis socio-política del 2001. No obstante, estos datos son sólo anclajes que funcionan para dar marco a un espacio mucho más íntimo, aunque no por eso menos peligroso. Ya que como dijo el tío "la familia es una trampa mortal", y los vínculos fraternos pueden llegar a ser decisivos para lograr el resguardo o la caída.

El tratamiento de las diversas modalidades de lo aparente es uno de los mayores logros de la novela. Por un lado, lo aparente, en tanto construcción voluntaria de una apariencia, esconde un enigma familiar que el protagonista intentará develar a lo largo de estas páginas. Por otro, lo aparente es aquello que aparece y se hace asequible a los sentidos, por más que se cierren los ojos o se niegue su existencia. Aquí la certeza cobra fuerza: el fantasma habita en la luna.

**Carolina S. Sager**

